

~~160~~ \$ 160. Psicología I
X. COLECCIÓN CLÁSICOS UNIVERSALES

①

RENÉ DESCARTES

DISCURSO DEL MÉTODO

TRADUCCIÓN DE
J. ROVIRA ARMENGOL

PRÓLOGO DE
FRANCISCO ROMERO



LOSADA OCEANO

Para más indicaciones bibliográficas, acúdase a la *Historia de la filosofía* de Bréhier, citada antes, y al *Diccionario de filosofía* de J. Ferrater Mora, Editorial Sudamericana, 4ª edición, Buenos Aires, 1958; artículos «Racionalismo», «Filosofía moderna» y «Descartes».

DISCURSO DEL MÉTODO

PRIMERA PARTE

Si este discurso parece demasiado largo para ser leído todo de una vez, podrán distinguirse en él seis partes. En la primera, se hallarán diversas consideraciones acerca de las ciencias. En la segunda, las principales reglas del método que el autor ha investigado. En la tercera, algunas de las de la moral que ha sacado de este método. En la cuarta, las razones mediante las cuales prueba la existencia de Dios y del alma humana, que son los fundamentos de su metafísica. En la quinta, el orden de las cuestiones de física que ha investigado, y en particular la explicación del movimiento del corazón y algunas otras dificultades que pertenecen a la medicina, y luego también la diferencia que hay entre nuestra alma y la de las bestias. Y en la última, qué cosas cree que se requieren para ir en la investigación de la naturaleza más adelante de lo que él ha alcanzado, y qué razones lo han determinado a escribir.

El buen sentido es la cosa mejor distribuida en el mundo, pues cada cual piensa estar tan bien provisto de él que aun aquellos que son más difíciles de contentar en cualquier otra cosa no suelen desear más del que tienen. No es verosímil que todos se equivoquen en eso, antes bien, eso acredita que la potencia de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso razón. —que es propiamente lo que se denomina buen sentido o razón— es por naturaleza igual entre todos los hombres, y así la diversidad de nuestras opiniones no viene de que unos sean más razonables que los demás, sino solamente de que con-

ducimos nuestros pensamientos por caminos diferentes, y no consideramos las mismas cosas. En efecto, no basta tener un buen entendimiento, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los más grandes vicios, como también de las más grandes virtudes; y los que no caminan sino muy lentamente, si siguen siempre el camino recto, pueden adelantar mucho más que los que corren y se apartan de él.

En cuanto a mí, jamás presumí de que mi espíritu fuera en nada más perfecto que el del común de las gentes; incluso a menudo deseé tener el pensamiento tan pronto, o la imaginación tan nítida y distinta, o la memoria tan amplia como algunos otros. Y no sé de otras cualidades que éstas que sirvan a la perfección del espíritu, puesto que respecto de la razón, o el sentido, siendo la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de las bestias, quiero creer que está entera en cada uno de nosotros, y seguir en esto la opinión común de los filósofos, que dicen que el más y el menos existen solamente entre los accidentes, y no entre las formas, o naturaleza, de individuos de una misma especie.

Mas yo no temeré decir que piense haber tenido mucha suerte por haberme encontrado, desde mi juventud, en ciertos caminos que me condujeron a consideraciones y máximas con que formé un método mediante el cual me parece que tengo medios de aumentar por grados mi confianza y elevarla poco a poco al punto más alto al cual le permitirán llegar la mediocridad de mi espíritu y la breve duración de mi vida. En efecto, he recogido ya tales frutos que, aun cuando en los juicios que hago de mí mismo, trato siempre de inclinarme del lado de la desconfianza antes que del de la presunción, y que, mirando con ojos de filósofo las diversas acciones y empresas de todos los hombres, no hay casi ninguna que me parezca vana e inútil, no dejo de recibir una extrema satisfacción del

progreso que pienso haber hecho ya en la búsqueda de la verdad, y de concebir para el porvenir tales esperanzas que si, entre las ocupaciones de los hombres puramente hombres, alguna hay que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que he elegido.

Sin embargo, cabe que me equivoque, y acaso no sea más que un poco de cobre y vidrio lo que yo tomo por oro y diamante. Sé cuán sujetos estamos a equivocarnos en lo que nos afecta, y hasta qué punto deben ser sospechosos para nosotros los juicios de nuestros amigos cuando nos son favorables. Pero estaría muy satisfecho si, en este discurso, hiciera ver cuáles son los caminos de que huí y representara en él mi vida como un cuadro, a fin de que cada cual pueda juzgarla, y enterándome por el rumor común de las opiniones que merezca, será un nuevo medio de instruirme que añadiré a los que suelo emplear.

Por consiguiente, no es mi propósito enseñar aquí el método que cada cual deba seguir para conducir bien su razón, sino solamente hacer ver de qué modo traté de conducir la mía. Los que se lanzan a dar preceptos, deben juzgarse más hábiles que aquellos a quienes los dan; y si fallan en lo más mínimo, merecen ser censurados por ello. Pero como no propongo este escrito sino a modo de historia, o si preferís (de fábula, en que, entre algunos ejemplos que cabe imitar, se hallarán también otros que habría motivos para no seguir, espero que será útil a algunos sin ser nocivo para nadie, y que todos me agradecerán mi franqueza.

Me nutrí en las letras desde mi infancia, y, puesto que me persuadían de que mediante ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, yo tenía fuerte deseo de aprenderlas. Pero apenas hube terminado todo ese curso de estudios, al final del cual se suele ser recibido en el rango de los doctos, cambié enteramente de

opinión. Pues me sentía entorpecido con tantas dudas y errores, que me parecía que, tratando de instruirme, lo único que había logrado era descubrir cada vez más mi ignorancia. Y, no obstante, estaba yo en una de las más célebres escuelas de Europa, en la que yo pensaba que debía haber hombres sabios si los hay en algún lugar de la tierra. Yo había aprendido en ella todo lo que aprenden los demás, y aun, no contento con las ciencias que nos enseñaban, había recorrido todos los libros que pudieran caer en mis manos que trataban de las que se tienen por más curiosas y más raras. Con eso, sabía los juicios que los demás se hacían de mí, y no veo que se me considerara inferior a mis condiscípulos, a pesar de que entre ellos había ya algunos a quienes se destinaba a ocupar los lugares de nuestros maestros. Y, por último, nuestro siglo me parecía tan floreciente, y tan fértil en espíritus buenos, como lo fuera cualquiera de los precedentes. Eso me hacía tomar la libertad de juzgar a todos los demás por mí, y de pensar que no había en el mundo doctrina alguna que fuese como la que antes me habían hecho esperar.

Sin embargo, yo no dejaba de apreciar los ejercicios en que se ocupan en las escuelas. Sabía que las lenguas que se aprenden en ellas son necesarias para la comprensión de los libros antiguos; que la gentileza de las fábulas despierta el espíritu; que las acciones memorables lo elevan y que, leídas con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de libros buenos es como una conversación con las gentes más probas de los siglos pasados, y aun una conversación estudiada, en la cual sólo nos descubren sus mejores pensamientos; que la elocuencia tiene fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras muy seductoras; que las matemáticas contienen invenciones muy sutiles, y que pueden servir mucho, tanto para satisfacer a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan

de las costumbres contienen diversas enseñanzas y varias exhortaciones a la virtud que son muy útiles; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía da el medio de hablar con verosimilitud de todas las cosas y de hacerse admirar de los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias proporcionan honores y riquezas a quienes las cultivan; y, por último, que es bueno haberlas examinado todas, aun las más supersticiosas y las más falsas, con objeto de conocer su valor justo y abstenerse de ser engañado por ellas.

Pero creía que había dedicado ya bastante tiempo a las lenguas, y asimismo a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias y a sus fábulas. Pues casi es lo mismo conversar con los hombres de otros siglos que viajar. Es bueno saber algo de las costumbres de los diversos pueblos, a fin de juzgar de las nuestras más cuerdate, y de que no pensemos que todo lo que esté contra nuestros modos sea ridículo y contra razón como suelen hacer quienes nada vieron. Pero cuando se invierte demasiado tiempo en viajar, uno acaba siendo extranjero en su propio país; y cuando se es demasiado curioso de lo que se practicaba en los siglos pasados, se suele permanecer harto ignorante de lo que se practica en éste. Eso sin decir que las fábulas hacen imaginar como posibles varios acacimientos que no lo son; y aun las historias más fieles, si no alteran ni aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, por lo menos omiten siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres; de ahí que el resto no parezca tal como es, y que quienes rigen sus costumbres por los ejemplos que toman de esas historias están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir designios superiores a sus fuerzas.

Yo apreciaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía; pero pensaba que una y otra eran dones del espíritu más que frutos del estudio. Quienes tienen el razona-

miento más fuerte y dirigen mejor sus pensamientos, a fin de hacerlos más claros e inteligibles, pueden convencer siempre mejor de lo que proponen, aunque sólo hablen bajo bretón y no hayan aprendido jamás la retórica. Y quienes tengan las invenciones más agradables y las sepan expresar con mayor ornato y dulzura no dejarán de ser los mejores poetas aunque les sea desconocida el arte poética.

Gustaba sobre todo de las matemáticas, a causa de la certidumbre y evidencia de sus razones; mas no advertía aún su verdadero uso y, pensando que sólo servían para las artes mecánicas, me asombraba de que, siendo tan firmes y sólidos sus fundamentos, no se hubiera edificado sobre ellas algo más elevado. Como, por el contrario, yo comparaba los escritos de los antiguos paganos, que tratan de las costumbres, a palacios soberbios y magníficos edificados sobre arena y sobre barro; elevan muy en alto las virtudes y las hacen parecer estimables por encima de todas las cosas que hay en el mundo; pero no enseñan bastante a conocerlas, y a menudo lo que designan con un nombre tan hermoso no es sino insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio.

Yo respetaba nuestra teología y pretendía ganar el cielo como cualquier otro; pero habiéndome enterado, como cosa muy segura, de que el camino no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que conducen a él están por encima de nuestra inteligencia, no me habría atrevido a someterlas a la endebles de mis razonamientos, y pensaba que, para ponerse a examinarlas y con éxito, era preciso tener alguna asistencia extraordinaria del cielo y ser más que hombre.

No diré de la filosofía sino que, viendo que fue cultivada por los más excelentes espíritus que vivieron desde hace siglos y que, no obstante, no se encuentra todavía cosa alguna de que no se discuta y, en consecuencia, que no sea dudosa, yo no te-

nía bastante presunción para esperar encontrar algo mejor que los demás; y que, considerando cuántas opiniones distintas puede haber sobre una misma materia, sostenidas por personas doctas sin que pueda haber nunca sino una verdadera, yo tenía casi por falso todo lo que no era más que verosímil.

Luego, para las demás ciencias, dado que toman sus principios de la filosofía, yo juzgaba que no podía haberse edificado nada que fuera sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni el provecho que prometían eran suficientes para inducirme a aprenderlas, pues, gracias a Dios, no me sentía en un estado que me obligara a hacer de la ciencia un oficio para aliviar mi fortuna; y aunque no profesaba por la gloria el desprecio de un cínico, me interesaba bien poco la que yo no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y, por último, respecto de las malas doctrinas, yo pensaba conocer ya bastante lo que valían para no estar expuesto a ser engañado ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la jactancia de quienes presumen saber más de lo que saben.

Por esto es por lo que, no bien la edad me permitió salir de la sumisión a mis preceptores, abandoné por completo el estudio de las letras. Y habiendo resuelto no buscar otra ciencia que la que se pudiera hallar en mí mismo o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en frecuentar personas de diversos humores y condiciones, en recoger diversas experiencias, en ponerme a prueba a mí mismo en los casos que la fortuna me ponía delante y, en todas las ocasiones, a hacer sobre las cosas que se presentaban una reflexión tal que de ellas pudiera sacar algún provecho. Pues me parecía que en los razonamientos que cada cual hace sobre los asuntos que le importan, y cuyo resultado ha de castigarlo sin tardar mucho si ha juzgado mal,

podía encontrar yo mucha más verdad que en los que hace un hombre de letras en su gabinete sobre las especulaciones que no producen efecto alguno y que no tienen otra consecuencia sino, tal vez, que sacará de ellas tanta más vanidad cuanto más alejadas estén del sentido común, puesto que habrá debido emplear tanto más espíritu y artificio para tratar de hacerlas verosímiles. Y yo sentía siempre un vivo deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad en esta vida.

Bien es verdad que, mientras no hacía sino considerar las costumbres de los demás hombres, yo no hallaba nada que me tranquilizara y que notaba en ellas tanta diversidad como antes me había ocurrido con las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtuve de esto fue que, viendo varias cosas que, aun pareciéndonos extravagantes y ridículas, no dejan de ser corrientemente recibidas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendí a no creer tan firmemente nada de lo que no me hubiera convencido más que por el ejemplo y la costumbre; y así fui librándome poco a poco de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural y hacernos menos capaces de entender razones. Mas cuando hube pasado varios años estudiando en el libro del mundo y tratando de adquirir alguna experiencia, un día tomé la resolución de estudiar también en mí mismo y emplear todas las fuerzas de mi espíritu en la elección de la senda que debía seguir. Lo cual me resultó mucho mejor, según creo, que si no me hubiera alejado nunca de mi tierra y de mis libros.

SEGUNDA PARTE

Me hallaba entonces en Alemania, adonde me había llamado la ocasión de guerras que todavía no han terminado y, al volver al ejército después de la coronación del emperador, el comienzo del invierno me hizo detener en un lugar donde, no encontrando ninguna conversación que me divirtiera y, por otra parte, no teniendo afortunadamente preocupaciones ni pasiones que me turbaran, permanecía todo el día encerrado solo al lado de la estufa, donde tenía todo el ocio para entretenerme con mis pensamientos. Entre ellos, uno de los primeros fue que se me ocurrió considerar que a menudo en las obras compuestas de varias piezas y hechas por la mano de diversos maestros no hay tanta perfección como en aquellas en que sólo ha trabajado uno. Es así como se ve que los edificios que un solo arquitecto emprendió y terminó suelen ser más hermosos y mejor ordenados que aquellos que muchos trataron de restaurar utilizando antiguos muros contruidos para otros fines. Así, esas antiguas ciudades que, no habiendo sido sino burgos al principio, con el tiempo llegaron a ser grandes ciudades, están de ordinario tan mal equilibradas, en comparación con esos sitios regulares que un ingeniero proyecta según su fantasía en un llano, que si bien considerando aparte cada uno de sus edificios se encuentra a menudo en ellos tanto o más arte que en los demás, viendo empero cómo están dispuestos, aquí uno grande, allí uno pequeño, y cómo las calles resultan tortuosas y desi-

guals, se diría que quien así las dispuso fue más bien la fortuna que la voluntad de algunos hombres dotados de razón. Y si se considera que, no obstante, en todo tiempo ha habido funcionarios encargados de cuidar de que los edificios privados sirvieran de ornato público, se comprenderá bien que es incómodo hacer cosas bien acertadas cuando se trabaja solamente sobre las obras de otro. Así, me imaginé que los pueblos que, habiendo sido antaño semisalvajes y habiéndose civilizado sólo paulatinamente, no hicieron sus leyes sino a medida que a ello les obligó la incomodidad de los crímenes y querellas, no pueden estar tan bien regidos como aquellos que desde el primer momento se reunieron y observaron las constituciones de algún legislador prudente. Como es bien cierto que el estado de la verdadera religión, cuyas ordenanzas sólo Dios hizo, debe estar incomparablemente mejor regido que todos los demás. Y hablando de las cosas humanas, creo que si Esparta fue en tiempos muy floreciente no se debió a la bondad de cada una de sus leyes en particular, dado que varias eran bastante peregrinas y aun contrarias a las buenas costumbres, sino porque, habiendo sido inventadas por uno solo, tendían todas al mismo fin. Y así pensaba yo que las ciencias de los libros, por lo menos aquellas cuyas razones no son más que probables y que no tienen demostraciones, habiendo sido compuestas y aumentadas poco a poco con las opiniones de diversas personas, no están tan cerca de la verdad como los razonamientos simples que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido sobre las cosas que se presentan. Y así pensaba yo aún que, habiendo sido todos nosotros niños antes de ser hombres, y habiendo sido por fuerza regidos por nuestros apetitos y nuestros preceptores, a menudo contrarios unos a otros, y que ni unos ni otros quizá nos aconsejaban siempre lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros ni tan sólidos como si desde el mo-

mento de nuestro nacimiento hubiésemos estado en el uso entero de nuestra razón y nunca hubiésemos sido conducidos sino por ella.

Bien es verdad que no vemos que se echien abajo todas las casas de una ciudad con el solo propósito de rehacerlas de otro modo y de hacer las calles más hermosas; pero sí se ve que muchos hacen derribar las suyas para reconstruirlas y que aun a veces se ven obligados a hacerlo cuando están en peligro de caerse por sí mismas y cuando los cimientos no son muy firmes. A ejemplo de eso, me convencí de que realmente no tendría justificación que un particular concibiera el propósito de reformar un Estado cambiándolo todo desde los fundamentos y derribándolo para volverlo a levantar; ni aun tampoco reformar el cuerpo de las ciencias o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas; pero que, respecto de todas las opiniones que yo había recibido hasta entonces en mi creencia, yo no podía hacer mejor que acometer de una vez la tarea de eliminarlas, a fin de poner en su lugar después o bien otras mejores, o bien las mismas, cuando yo las hubiera ajustado al nivel de la razón. Y yo creí firmemente que, por este medio, lograría conducir mi vida mucho mejor que limitándome a construir sobre viejos cimientos y apoyándome solamente en principios que me había dejado inculcar en mi juventud sin haber examinado nunca si eran verdaderos. Pues, aunque yo notara en eso diversas dificultades, no eran empeño insalvables ni podían compararse a aquellas con que se tropieza en la reforma de las menores cosas que afectan a lo público. Esos grandes cuerpos son harto difíciles de volver a levantar una vez derribados, o aun de apuntalar cuando se tambalean, y sus caídas no dejarán de ser muy violentas. Luego, por lo que respecta a sus imperfecciones, si las tienen, como la sola diversidad que existe entre ellos basta para asegurar que muchos las tienen, sin duda el uso las ha atenuado

mucho; y además ha evitado o corregido imperceptiblemente gran cantidad que con la prudencia no se habrían subsanado tan bien. Y, por último, son casi siempre más soportables de lo que se lograría cambiándolas: del mismo modo como los grandes caminos que serpentean entre montañas poco a poco van uniéndose y haciéndose tan cómodos, a fuerza de ser frecuentados, que es mucho mejor seguirlos que tratar de ir por lo recto subiendo por las rocas y descendiendo hasta el fondo de los precipicios.

Por esto es por lo que no podría aprobar en modo alguno esos temperamentos perturbadores e inquietos que, no habiendo sido llamados al manejo de la cosa pública por su nacimiento ni por su fortuna, no pasan un momento sin hacer en ella, en idea, alguna nueva reforma. Y si pensara que en este escrito hubiera la menor cosa que permitiera sospechar que yo tengo tal locura, me mostraría racio a que se publicara. Mi intención no fue nunca más lejos que tratar de reformar mis propios pensamientos y de edificarlos sobre unos cimientos totalmente míos. Que si, habiéndome gustado mi obra, os hago ver aquí el modelo, esto no significa que yo aconseje a nadie que lo imite. Aquellos a quienes Dios distribuyó mejor sus gracias, tendrán quizá propósitos más elevados, pero me temo que éste no sea ya demasiado atrevido para muchos. La sola resolución de desprenderse de todas las opiniones que uno ha recibido antes en su creencia no es un ejemplo que cada cual deba seguir; y el mundo se compone casi solamente de dos clases de espíritus a quienes no conviene en modo alguno, a saber: los que, creyéndose más hábiles de lo que son, no pueden menos que precipitar sus juicios ni tienen paciencia suficiente para llevar por orden todos sus pensamientos, de donde resulta que, si una vez se toman la libertad de dudar de los principios que recibieron y se apartan del camino común, jamás podrían seguir el camino que es

preciso tomar para ir más derecho, y permanecerían extraviados toda su vida; luego, aquellos que, teniendo bastante razón o modestia para juzgar que son menos capaces de distinguir lo verdadero de lo falso que aquellos otros por los cuales pueden ser instruidos, deben contentarse más bien siguiendo las opiniones de estos otros en lugar de buscar otras mejores por sí mismos.

En cuanto a mí, sin duda habría figurado en el número de estos últimos si nunca hubiera tenido más que un solo maestro, o si no hubiese sabido las diferencias que en todas las épocas ha habido entre las opiniones de los más doctos. Pero habiendo aprendido desde el colegio que no se puede imaginar nada tan peregrino y poco creíble que no haya sido dicho por algún filósofo; y después, viajando, al reconocer que los que tienen sentimientos muy contrarios a los nuestros no por eso son bárbaros ni salvajes, antes bien, muchos usan de razón tanto o más que nosotros; y habiendo considerado cómo un mismo hombre, con su mismo espíritu, habiendo sido criado desde su infancia entre franceses o alemanes, resulta diferente de lo que sería si hubiese vivido entre chinos o caníbales; y cómo, aun en las modas de nuestros trajes, lo mismo que nos gustó hace diez años —que acaso no tarde diez años en gustarnos de nuevo—, nos parece ahora extravagante y ridículo: de suerte que sin duda es la costumbre y el ejemplo lo que nos persuade. Más que un conocimiento cierto, y, no obstante, la pluralidad de votos no es una prueba que valga nada para las verdades un poco incómodas de descubrir, porque es mucho más verosímil que las haya encontrado un solo hombre que todo un pueblo: yo no podía elegir a nadie cuyas opiniones me parecieran preferibles a las de los demás, y me encontré como obligado a decidir guiarme por mí mismo.

Mas cual hombre que camina solo y en las tinieblas, resolví andar tan lentamente y usar tanta circunspección en to-

das las cosas que, aunque avanzara muy poco, me guardaría bien por lo menos de caer. Ni siquiera quise comenzar desechando totalmente ninguna de las opiniones que hubieran podido deslizarse otro tiempo en mi creencia sin haber sido introducidas por la razón, hasta después de haber pasado bastante tiempo haciendo el proyecto de la obra que emprendía y buscando el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi espíritu fuera capaz.

Siendo más joven había estudiado, entre las partes de la filosofía, un poco de lógica, y entre las matemáticas, un poco el análisis de los géometras y el álgebra, tres artes o ciencias que parecían tener que contribuir en algo a mi propósito. Pero examinándolas, advertí que, respecto de la lógica, sus silogismos y la mayor parte de sus otras instrucciones sirven más bien para explicar a otro las cosas que uno sabe, o aun, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de aquellas que uno ignora, que para aprenderlas. Y aunque realmente contenga muchos preceptos muy verdaderos y muy buenos, están mezclados con tantos otros que son nocivos o superfluos que separarlos es casi tan incómodo como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol todavía sin desbastar. Luego, respecto del análisis de los antiguos y del álgebra de los modernos, aparte de no extenderse sino a materias muy abstractas, y que no parecen de utilidad alguna, el primero está siempre tan supeditado a la consideración de las figuras que no puede ejercitar el entendimiento sin cansar mucho la imaginación; y, en la última, se está sometido a ciertas reglas y a ciertas cifras de tal modo que se ha hecho de ellas un arte confuso y oscuro que entorpece el espíritu en lugar de ser una ciencia que lo cultive. Lo cual fue la causa de que yo pensara que era preciso buscar otro método que, abarcando las ventajas de esos tres, estuviera exento de sus defectos. Y como la multitud de leyes sirve a menudo de excusa para los vicios, de

suerte que un Estado está mejor regido cuando, teniendo pocas, se observan estrictamente, así, en lugar de ese gran número de preceptos de que se compone la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes, a condición de que tomara una firme y constante resolución de no dejar de observarlos ni una sola vez.

① El primero consistía en no admitir jamás nada por verdadero que no conociera que evidentemente era tal; es decir, evitar minuciosamente la precipitación y la prevención, y no abarcar en mis juicios nada más que lo que se presentara tan clara y distintamente a mi espíritu que no tuviera ocasión de ponerlo en duda.

② El segundo, en dividir cada una de las dificultades que examinara en tantas partes como fuera posible y necesario para mejor resolverlas.

③ El tercero, en conducir por orden mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer para subir poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos, y aun suponiendo orden entre aquellos que no se preceden naturalmente unos a otros.

④ Y el último, en hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales que tuviese la seguridad de no omitir nada.*

Esas largas cadenas de razones, todas simples y fáciles, de que los géometras suelen servirse para llegar a sus demostraciones más difíciles, me habían dado ocasión de imaginarme que todas las cosas que pueden caer en el conocimiento de los hombres se deducen unas de otras de igual modo, y que, a condición solamente de abstenerse de admitir por verdadera ninguna que no lo sea, y de que se guarde siempre el orden debido para deducirlas unas de otras, no puede haber ninguna tan lejana que no se pueda alcanzar ni tan escondida que no pueda descubrirse. Y no me costó mucho esfuerzo buscar

por cuáles convenia comenzar, pues ya sabía que era por las más simples y más fáciles de conocer; y considerando que, entre todos los que antes han buscado la verdad en la ciencia, sólo los matemáticos pudieron hallar demostraciones, es decir, razones ciertas y evidentes, no dudé de qué había de empezar por las mismas que ellos examinaron, a pesar de que no esperara de ellas otra utilidad que la de que acostumbraran mi espíritu a saciarse de verdades y a no contentarse con razones falsas. Mas no por eso tenía el propósito de tratar de aprender todas esas ciencias particulares que de ordinario se denominan matemáticas; y viendo que, aun siendo diferentes sus objetos, no dejan de conciliarse todas, porque no consideran otra cosa que las diversas relaciones o proporciones que se encuentran en ellos, pensé que valía más examinar solamente esas proposiciones en general y sin suponerlas más que en los asuntos que sirvieran para hacerme más fácil su conocimiento; y aun sin supeditarlas en modo alguno a ellos, a fin de poder aplicarlas luego tanto mejor a todos los demás a los cuales convinieran. Luego, habiendo advertido que, para conocerlas, tendría necesidad de considerarlas a veces cada una en particular, y otras veces sólo retenerlas, o abarcar varias conjuntamente, pensé que, para considerarlas mejor en particular debía suponerlas en líneas, porque no hallé nada más simple ni que yo pueda representar más distintamente a mi imaginación y a mis sentidos; mientras que, para retenerlas o para abarcar muchas conjuntamente, era preciso que las explicase por cifras, lo más cortas posible; y que, mediante eso, tomaría todo lo mejor del análisis geométrico y del álgebra y corregiría todos los defectos de uno por medio de la otra.

Y, en efecto, me atrevo a decir que la exacta observancia de estos pocos preceptos que escogí me dio tal facilidad para desentrañar todas las cuestiones a las cuales se extienden esas dos ciencias que, en dos o tres meses que invertí examinando-

las, habiendo comenzado siempre por las más simples y más generales, y siendo cada verdad que hallaba una regla que me servía después para encontrar otras, no solamente resolví muchas que antaño había considerado muy difíciles, sino que, hacia el final, me pareció también que en aquellas mismas que ignoraba podía determinar por qué medios y hasta dónde era posible resolverlas. Quizá no os parezca muy vana esta pretensión si consideráis que, no habiendo más que una verdad para cada cosa, cualquiera que la encuentre sabe tanto como pueda saberse de ella, y que, por ejemplo, un niño instruido en aritmética y que haya hecho una suma siguiendo sus reglas, puede estar seguro de haber hallado, por lo que concierne a la suma que examinaba, todo lo que el espíritu humano sabría encontrar. Pues al fin y al cabo, el método que enseña a seguir el verdadero orden y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca contiene todo cuanto da certidumbre a las reglas de la aritmética.

Pero lo que más me satisfacía de este método era que mediante él estaba seguro de usar en todo de mi razón, si no perfectamente, por lo menos lo mejor que yo pudiera; además, practicándolo sentía que mi espíritu se acostumbraba poco a poco a concebir más nítida y más distintamente sus objetos, y que, no habiéndolo sometido a ninguna materia particular, me prometía aplicarlo tan útilmente a las dificultades de las demás ciencias como lo había hecho ya a las del álgebra. No es que por ello me atreviera a acometer desde el principio todas las que se presentaran, pues eso mismo habría sido contrario al orden que él prescribe. Mas habiendo advertido que sus principios deben estar tomados todos de la filosofía, en la cual no hallaba aún ninguno cierto, pensé que, ante todo, era preciso que yo tratara de establecerlos en ella, y que, siendo eso la cosa más importante del mundo, y en la cual más son de temer la precipitación y la prevención, no de-

bía acometer la empresa de resolverlo sin antes tener una edad mucho más madura que la de veintitrés años que yo tenía entonces; y sin que, previamente, hubiera invertido mucho tiempo para prepararme para ella, tanto desarraigando de mi espíritu todas las malas opiniones que antes de esa época había admitido, como haciendo acopio de varias experiencias que fueran después materia para razonamientos y ejercitándome siempre en el método que yo me había prescrito para afianzarme cada vez más en él.

TERCERA PARTE

Por último, así como para empezar a reconstruir la casa en que habitamos, no basta derribarla y hacer provisión de materiales y arquitectos, o ejercitarse uno mismo en arquitectura y haber trazado además esmeradamente el diseño del nuevo edificio, sino que también hay que proveerse de alguna otra habitación en donde pasar cómodamente el tiempo que dure el trabajo, así, a fin de que yo no quedase indeciso en mis acciones mientras la razón me obligaría a serlo en mis juicios, y que no dejase de vivir desde ese momento lo más felizmente que pudiera, me formé una moral provisional que consistía en sólo tres o cuatro máximas que me gustaría exponeros.

La primera era obedecer las leyes y costumbres de mi país, conservar constantemente la religión en la cual Dios me concedió la gracia de ser instruido desde mi infancia, y regirme en todo lo demás según las opiniones más moderadas y más alejadas del exceso, que fuesen aceptadas comúnmente en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tuviera que vivir. En efecto, como desde entonces comencé a no contar para nada con las mías, puesto que quería someterlas todas a examen, tenía la seguridad de que lo mejor que podía hacer era seguir las de los más sensatos. Y aunque es tal vez posible que entre los persas o los chinos haya personas tan sensatas como entre nosotros, me parecía que lo más útil era regirme según aquellos con quienes había de vivir; y que, para saber cuáles eran verdaderamente sus opiniones, tenía que fi-